

Al alejarse cronológicamente del resto de los trabajos, el estudio de Zermeño muestra implícitamente la actualidad de los mismos. Lejos de ser conclusivo, el ensayo final resulta provocador, pues genera en el lector la inquietud de volver al comienzo y releer cada capítulo con una mirada crítica del pasado y del presente; es decir, desde una perspectiva consciente de los prejuicios implícitos en nuestra sociedad, tan deudora de las viejas categorías de diferenciación como del paradigma del México mestizo.

Gabriel Torres Puga
El Colegio de México

MARÍA ISABEL CAMPOS GOENAGA y MASSIMO DE GIUSEPPE (coords.), *La cruz de maíz. Política, religión e identidad en México: entre la crisis colonial y la crisis de la modernidad*, México, Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, Escuela Nacional de Antropología e Historia, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2011, 333 pp. ISBN 978-607-484-231-9

Las diez historias que se cuentan en este trabajo coordinado por María Isabel Campos Goenaga y Massimo de Giuseppe muestran qué tan provechoso es el diálogo interdisciplinario cuando lo que se busca es entender cómo convergen esquemas de mundos distintos en un concepto de nación más amplio, más abarcador. El horizonte de análisis se muestra vasto y, en un acierto metodológico, la mirada de todos los autores dialoga con problemas que se retoman de capítulo en capítulo: comunidad, religión, gobierno, indígenas e identidad. Un crucero de maíz, un símbolo de la identidad sincrética, cosmovisión primigenia de la identidad sobre la que se desdibujan las transformaciones de la relación entre

“la esfera política, religiosa y los procesos de resistencia y modernización” es el tema que ha convocado a los autores del libro.

En un ritmo que hace ágil la lectura, unos optaron por plantear el problema de la identidad en coyunturas “cortas” y en ámbitos locales, otros insertan su investigación en la larga duración, todos coinciden en que hay una unidad temporal que va de los siglos XVI al XX.

Como eje ideológico de la modernización parece que el binomio Iglesia-Estado y sus respectivas fobias y filias han sido centrales para explicar buena parte del devenir de la historia mexicana. Y en efecto, el análisis de uno y del otro y sus interacciones han explicado algunos aspectos de la construcción de la nación. Pero de acuerdo a la sugerente propuesta de este libro, lo católico y lo estatal ha quedado relegado en la historiografía. En consecuencia, resulta acertado proponer que para entender la nación y sus identidades es necesario escudriñar en lo desconocido, en lo profundo, en lo escondido, en coyunturas de parajes poco frecuentados y entretener, así, un diálogo entre las experiencias y las estructuras religiosas y nacionales. El libro transita así en los muchos mexicanos, que no limitan las múltiples combinaciones que conforman la identidad nacional y de éstas se privilegian la intersección entre lo político y lo religioso.

Los autores comparten con otros estudiosos de la construcción de la nación y de la identidad contenidos conceptuales. O’Gorman, Brading, Bonfil Batalla, Carmagnani, Annino, Pérez Montfort y Pérez Vejo son referencias de autores obligados que se encuentran en diálogo todos y más en este libro. Me parece que la propuesta recoge con generosidad las diversas tradiciones historiográficas, pero tiene un matiz, las ajusta al propósito determinado de mostrar ampliamente los contextos y las experiencias en donde se reelaboran nación e identidad. Esto es novedoso y atractivo. Considero, así, que la lectura de los “fragmentos” que conforman la obra, irá consiguiendo su justo lugar como una vertiente

creativa para quien busca entender la modernidad desde la esfera pública, considerando el entramado social y la legitimidad de la novedad en la cultura.

El libro abre con el capítulo de Sergio Botta: “Una negación teológico-política en la Nueva España: reflexiones sobre la labor franciscana en el siglo XVI”. El pensamiento de los primeros evangelizadores, pero sobre todo el espíritu de la renovación misionera, construye una idea de lo que puede ser la práctica de la acción apostólica renovada, que debió considerar el surgimiento de los estados nacionales en Europa. De manera muy puntual, el autor expone los aspectos centrales de la renovación teológico-política (humanismo de Erasmo: vida pública), que reconoce la función positiva del poder y le da cuerpo al proyecto evangelizador de los misioneros en la Nueva España. En la organización del proyecto y, como bien muestra Botta, en la edificación del gobierno de las misiones, se confronta un modelo opuesto: el mesoamericano. Y si los conventos iban a ser una “estructura de producción agrícola”, en la práctica debieron transformarse en centro “administrativo-espiritual” de los pueblos de indios. De las adecuaciones al modelo, Botta también retoma el panteón de dioses que construye Sahagún leídos en código agustiniano, para denotar que la “confusión cultural” no es premeditada y se construye en un ámbito intermedio entre la política y las religiones: ¿la “teología civil” es entonces una “versión remix” de los franciscanos que concilió el Reino de Dios y el Reino del César sólo en Nueva España?

Siguiendo el rumbo de las cosmovisiones contrapuestas, María Isabel Campos Goenaga presenta los efectos de la oposición entre una conciencia mágica y el fatalismo en “situaciones de riesgo”. Se adentra en la manera como se concibió el riesgo y los desastres entre los mayas y los españoles. Así, durante la colonia, en Yucatán, asolada por huracanes, sequías y plagas de langosta, se sintieron en extremo vulnerables aquellos que no pudieron interiorizar culturalmente la naturaleza. Costumbres y tradiciones modelaron

la relación de los mayas frente a una cultura impuesta. Regresaron los dioses, parafraseando a Carmagniani, para revestirse de lluvia y maíz. No sin antes condenar la idolatría, el sacrificio y las predicciones, que auguraban que el desequilibrio entre el poder político y la religiosidad “traería muertes innecesarias”. El respeto a la naturaleza, al orden cíclico de la vida se beneficiaba con una organización social que alejaba al hombre del súbito desastre de lo imprevisto. En sociedades agrícolas “lo normal” es una vida cotidiana que integra los fenómenos naturales a sus sistemas de representaciones y creencia, dice la autora. En esta lógica, la “identidad étnica” es fuente primordial, es un mapa de trabajo para entender la transformación que surge del encuentro entre las creencias y la naturaleza. Me quedo con el deseo de que los proyectos verdes, tan de moda en estos días, pudieran considerar estas perspectivas. Sin duda se ahorraría tiempo, dinero y esfuerzo.

Hilda Iparraguirre Locicero y Graciela Fabián Mestas se lanzan de entrada con ese dedo en la llaga que nos gusta tanto a los historiadores al exponer lo que nos falta por hacer en el campo de los estudios sobre la religiosidad popular. Para el siglo XIX las posibilidades son múltiples. Quizá nos hemos centrado en la Iglesia y este protagonismo ha opacado los acercamientos a una temática que resulta indispensable para entender el proceso de secularización y que, más bien, siguiendo a las autoras debiéramos considerar, por ejemplo, en la renovación política que se gesta desde el púlpito en la independencia, o bien en la renovación misionera de las Damas de San Vicente de Paul, que se sugieren como una especie de movimiento precursor de la democracia. Las autoras alertan a los historiadores de la importancia del potencial simbólico en la religiosidad popular. Lo dicen bien, es un tema apenas tratado por la historiografía, y así este apartado es una breve pero contundente referencia a los caminos que hay para trabajar sobre la religiosidad popular. Coincido en que es indispensable mirar la trayectoria de la democracia más allá de la lectura política que

parece encapsulada en una sociedad civil, desprovista de las formas religiosas. Me parece también imprescindible darles rostro a aquellos miembros de las organizaciones religiosas, laicas y civiles. Queda, pues, una invitación al reconocimiento de aquello que se ha hecho en los últimos años y una mirada crítica que busca integrar los señalamientos de Iparraguirre y Fabián.

Los trabajos de Mónica Savage, “Cultura católica y modernidad liberal” (1857) y José Ángel Beristáin Cardoso, “Prensa y clero. La prensa en la detención del vicario Antonio J. Paredes” (1915), tejen su historia a partir de dos coyunturas, ambas en contextos de amplias transformaciones. Estos artículos son, en el libro, el tránsito entre los siglos XIX y XX. Savage reconstruye el perfil de algunos constituyentes del 57 para mostrar cómo y desde qué tribuna se entrelazan las ideas del matrimonio vinculado al trabajo, al ámbito económico; es minuciosa para mostrar quién, entre los constituyentes, resalta por un comentario novedoso. ¿Será Ponciano Arriaga que en nombre de todos los nuevos políticos se puede enfrentar a Covarrubias que emula la posición de la mujer en el matrimonio a la del esclavo? ¿Será Mata que a la luz del cristianismo y en paralelo en el contexto de la libertad de cultos interioriza, en el lenguaje político, el matrimonio como sacramento cívico y por lo tanto facultad del Estado? El debate en torno al matrimonio condensa sin duda el tema de las adecuaciones entre lo religioso y lo político.

Beristáin Cardoso revisa *La prensa* y *El demócrata* para analizar el episodio de la detención del vicario Paredes en pleno constitucionalismo; señala la complejidad del estudio de la agencia social del cuarto poder en un proceso de secularización con tintes anticlericales que muestra el matiz de los intentos de Obregón por controlar al clero de la ciudad de México. Y este trabajo concatena el tema que explora Massimo de Giuseppe sobre los pueblos indígenas y la pugna entre curas-maestros en el México postrevolucionario. Una firme convicción por educar se disputan

los maestros y los curas, ambos lo quieren hacer desde la misma tribuna y por supuesto negando al otro. Una original periodización articula el desarrollo de los desencuentros; para De Giuseppe el maestro pasa de imitador a sustituto y finalmente a rival del maestro en la década de los veinte. Entre la educación religiosa y el obsesivo intento por desfanatizar, por medio de la educación laica, el autor elabora un rico entramado de testimonios que revelan la identidad escondida en las poblaciones indígenas. En la práctica algunos hombres sensatos reconocen esta identidad, otros sólo miran cómo, desde la Sierra Tarahumara hasta San Juan Chamula, el sacerdote es agente intermediario de la comunidad, pero el maestro, nos guste o no, se profesionaliza de la mano del Estado. Interacción compleja que se sintetiza en diversos ámbitos: la escuela mixta de Aarón Sáenz o el símbolo de la Guadalupe Socialista. Sustituciones artificiales de la religiosidad popular y usos políticos que suenan faltos de autenticidad. No obstante, el *mea culpa* de Manuel Puig en Celaya al final resulta instrumento efectivo de un diálogo que acaba por adecuarse a los tirones de la política posrevolucionaria donde la virgen de Guadalupe es eterna agitadora y portadora de progreso, según versa el poema de la Guadalupe Revolucionaria.

El tema de los cristeros se expone en otra interesante pareja de fragmentos del libro: primero Ana María González Luna, “Los cristeros en Jalisco: entre identidad religiosa y política”, luego, Félix Brito Rodríguez, “Algunas delineaciones en torno a la Cristiada en la periferia: Sinaloa (1926-1929)”. Estos trabajos destacan por la originalidad de las fuentes y sus usos. El primero aborda el mito de la nación católica y, entre el recuerdo y el olvido, la autora señala que hay una memoria no estudiada: la de los protagonistas de la modernización. Félix Brito Rodríguez se aproxima al tema desde la “matria”. Explora una forma peculiar de experiencia cristera y los efectos en una sociedad de frontera que mira el paso de armas y organiza una “santa” peregrinación,

en unos cuantos minutos, al aprovechar que el síndico se descuida y sale del pueblo.

En el trabajo de María Alicia Puente Lutteroth, "Política, cultura y religión en la sociedad morelense del siglo xx: movilización de identidades", encontramos una breve prosopografía de célebres arzobispos del país, todos de Morelos. En su trabajo queda claro que los altos jerarcas de la Iglesia sólo son el otro ámbito de la política. De este rico análisis, Alicia Puente quiso mirar de cerca a Méndez Arceo, el hombre que institucionalizó la misa panamericana y que tuvo la ocurrencia de pedir, como hoy en cualquier museo o exposición, un mensaje escrito a los visitantes y con el beneplácito del "pueblo" legitimó las transformaciones de la tradición católica. Un cuaderno profesional de 200 hojas con estos testimonios elogiosos y críticos da cuenta de la apertura de este grupo de historiadores hacia las fuentes y, por supuesto, de un uso creativo. Con este apartado la estructura del libro cierra un círculo que evoca la renovación misionera de los franciscanos. Hay una vuelta al origen, al pueblo, y en una original interpretación de la misa en Cuernavaca el peregrino se reconoce "ahora sí en la fracción del pan". Una lectura política de la opción por los pobres, en plena efervescencia del movimiento estudiantil, en una interesante postura de la teología de la liberación, ésta es una lectura singular de las transformaciones de la música vernácula sobre la tradición y el rito católico que, en México, no estuvo desprovisto de la influencia del tópico latinoamericano.

El último capítulo del libro lo escribe María Matilde Benzoni: "El laberinto de la identidad. Imágenes de México en Italia de la colonia a la posmodernidad". La identidad y siempre el problema de la alteridad. Los otros, pero no los ajenos a la historia de México. En este fragmento, se retoma la unidad temporal de la compilación: siglo xvi al xx. La autora repasa cómo los italianos miraron México y a los mexicanos. Como en paralelo al recorrido que hace el libro, este último apartado se presenta para complejizar la iden-

tividad desde un mundo distante que no lo re-elabora porque, en un afán por conocerlo, constantemente lo descubre y lo redescubre. Valga la pena la mención al esfuerzo erudito de la autora.

En cinco siglos de historia algo se deja en el tintero y los autores han sido exquisitos y con cierta nostalgia prefieren dejar añejar para futuras investigaciones las fuentes que tratan el debilitamiento de los procesos de consolidación nacional que caracterizó a México en la década de los noventa del siglo xx. Los coordinadores de este libro y cada autor en su artículo se aventuraron en un elaborado juego, que aborda la identidad, los rasgos que nos hacen nosotros frente a los otros y decididamente muestran que lo mexicano, lo religioso, las expresiones políticas, las manifestaciones de lo popular, más allá de sus representaciones, existen en un mundo material. Lo simbólico tiene cuerpo y rostro y se desarrolla en espacios concretos, iglesia, cuartel, recinto parlamentario, aula, carretera fronteriza o campo devastado por una plaga. Al respecto, no quiero dejar de destacar la riqueza de la consulta en archivos nuevos y viejos, en documentos que destacan la imaginación de un investigador activo. Así, el que se acerque al libro podrá seguir revisiones en el Archivo Secreto del Vaticano, las referencias de discursos de notables liberales, la entrevista de historia oral, la recopilación etnográfica, los apuntes de un párroco de provincia y cientos de imágenes que destacan el valor simbólico de lo religioso y su impacto político en la construcción de la nación.

Me queda decir que éste es un libro que seduce al lector y al final lo deja satisfecho porque página a página se van mostrando resultados concretos, sugerencias ricas y propuestas novedosas.

María Dolores Lorenzo Río

El Colegio Mexiquense